

vehemencia contra la fealdad de sus vicios y contra la libertad y tiranía de los revoltosos. Esto le concilió gravísimas pesadumbres, que pusieron en peligro su vida, pero que no pudieron contrastar su fortaleza y su constancia.

Predicó un dia con toda la fuerza de libertad apostólica contra los que fomentaban los bandos, siendo cabezas de faccion. Hallábase presente al sermon un caballero, á quien su misma conciencia le acusaba reo de todos aquellos delitos, é indignado de que el santo á su parecer le hubiese reprendido á él particularmente en el sermon, dió orden á dos criados suyos de que le aguardasen á la puerta de la iglesia y le cosiesen á puñaladas. Obedecieron los malos criados á su inicuo señor; pero al ir á ejecutar sus atroces intentos, quedaron los brazos yertos, levantados en el aire y con los puñales en la mano. Conocieron el visible castigo que el cielo daba á su delito, y la proteccion con que conservaba aquella inocente vida; y arrojándose á los piés del santo, confesaron su culpa, le pidieron perdon y publicaron por toda la ciudad aquella maravilla. Iguales pesadumbres padeció otras muchas veces por su zelo apostólico; con el cual predicando en una aldea contra los vicios y desórdenes vergonzosos de ciertos caballeros que en ella habia, estos se indignaron de modo que le trataron con la mayor ignominia. Dijéronle muchas afrentas y baldones, y con empellones y otros malos tratamientos le hicieron echar del lugar. Sufriólo todo nuestro santo con invicta paciencia, sin que sus labios se explicasen con la menor palabra de queja ó amargura. Solo tuvo el consuelo de sacudir al salir de la aldea el polvo de los zapatos cumpliendo con el consejo del Evangelio, que dice: *Si os persiguieren en una ciudad, huid á otra, y sacudid el polvo de los zapatos al salir del pueblo que no quiere recibir la doctrina del Evangelio.*

Pero entre todos los casos que dieron en que ejercitar la paciencia de este siervo de Dios y manifestaron los portentos con que el cielo auxiliaba su predicacion, librándole milagrosamente de los atentados y persecuciones, merece un lugar muy distinguido el que le sucedió con don Garcia de Toledo, duque de Alba. Fué el santo á predicar á esta villa, y hablando en el discurso del sermon de la conducta de los grandes, afeó en gran manera la tirania con que oprimian á sus vasallos, cargándolos con insoportables tributos y gavelas. Afeóles además de esto el teson con que fomentaban y sostenian los bandos, declarándose protectores de los partidos. Entendió el duque que lo habia dicho por él, y en presencia de varios caballeros dijo al santo cuando fué á despedirse: *Padre, bien habeis soldado hoy vuestra lengua; y pues habeis hablado descortés y atrevidamente, no seria mucho que se os diese por esos caminos el pago de vuestro loco decir.* Respondió el santo lleno de mansedumbre: *Señor, el oficio de predicador no es de decir lisonjas, sino la verdad de Jesucristo: todos los males que me pueden venir son mucho menores que el detrimento de mi alma. Yo no he intentado ofender á persona alguna, sino cumplir con mi ministerio apostólico, declamando contra los vicios. Dios, que está en el cielo, ve la inocencia de mi corazon, y en él confío que sabrá defenderla.* Dicho esto, se despidió del duque y demás caballeros y tomó el camino de Salamanca. Unas palabras que habian de producir la compuncion y arrepentimiento, irritaron mas el enojo del duque; quien mandó á los criados que tomasen caballos y armas y saliesen al camino á matar á aquel fraile. Pusieron en ejecucion la orden de su amo; y alcanzando al santo en un sitio despoblado, conoció su compañero sus perversas intenciones y las dió á entender al santo con temor. Este, lleno de confianza en la bondad divina, le res-



pondió sin alterarse: *No tengais cuidado, hermano, ni os asusteis al ver tan cerca de vos los caballos y las lanzas, que si Dios está con nosotros, ninguna fuerza hay en este mundo que pueda dañarnos ni en un cabello de la cabeza.* Verificóse así, porque apenas los desalmados escuderos, enristradas las lanzas, quisieron poner por obra sus sacrilegos intentos, cuando tanto los caballos como los caballeros se quedaron parados por divina virtud y agitados de una convulsion tan violenta, que los puso en términos de perder la vida. Conocieron inmediatamente que aquel era castigo con que el cielo vengaba la atrocidad de su delito. Dieron voces al santo, pidiéndole perdon y que les socorriese en aquella miseria, á las cuales acudió san Juan de Sahagun, y echándoles su bendicion, concedió la sanidad y la vida á los que venian en ánimo de quitársela. A la misma hora que esto sucedia en el campo, padecia el duque en su pueblo una fatiga y convulsion, que le llevaba por puntos al último extremo. Llegaron los escuderos; refirieron lo que les habia pasado: una luz sobrenatural le manifestó al duque todo el horror de su delito; y enviando mensajeros al prior de San Agustin, le pidió encarecidamente que le enviase el santo fraile Juan, bien cierto de que, si tardaba, no le hallaria con vida. Condescendió el prior con esta súplica: entró el santo donde estaba el duque, el cual, luego que le vió, se arrojó de la cama, se puso á sus piés de rodillas, confesando su culpa con lágrimas y pidiéndole que alcanzase de Dios misericordia. El santo le consoló; le dió saludables consejos para lo futuro; y haciendo oracion por él, quedó repentinamente sano. Dió el duque muchas gracias á Dios por tan grande beneficio, y al convento de San Agustin de Salamanca muchas limosnas, entre las cuales un zamarro y unos corporales, que se conservan todavía en el sagrario del con-

vento, como prendas de tan grandes maravillas.

A la virtud de la predicacion, de la oracion, de la caridad y la penitencia, juntaba el santo otras muchas que le constituian en un grado sublime de santidad. Sin embargo, era tan bajo el concepto que tenia de si mismo y tan grande el temor de que su alma tuviese la menor mancha, que frecuentaba el sacramento de la penitencia como si fuera muy defectuoso. Cuantas veces salia fuera del convento, otras tantas se confesaba: lo mismo hacia al tiempo de volver y otras diferentes veces en el discurso del día. Este esmero singular en conservar la pureza de conciencia se le remuneró Dios con un favor soberano, que excede la capacidad del humano entendimiento. Al tiempo de consumir la sagrada hostia se dejaba ver Jesucristo con su cuerpo glorioso, despidiendo de todo él, y principalmente de las llagas, tan grandes resplandores, que hubieran deslumbrado la vista, si el mismo Dios no la fortaleciese con su omnipotencia. Al mismo tiempo entendia el santo cosas divinas y maravillosas de los sacrosantos misterios. Por esta causa sentia en su alma tan excelentes dulzuras, que se enajenaba de si y se detenia notablemente en la celebracion de la misa. Faltábales paciencia á los ministros que le ayudaban: quejáronse al prelado: reconvinole este, y estrechado por la obediencia, hubo de manifestar á pesar de su humildad los soberanos favores que del cielo recibia. Acompañó esta confesion con tantas demostraciones de sumision profunda, con tantos suspiros y lágrimas, que no pudo menos el prelado de conocer la verdad y admirar las misericordias que ejecutaba Dios con su siervo, mandando á los ministros de la iglesia que de allí adelante tuviesen paciencia por mas que el santo tardase en la celebracion de la misa.

A tan sublimes virtudes y tan excelentes favores



quiso el cielo juntar el don de profecía, con que pronosticaba las cosas futuras y descubria los ocultos secretos del corazon; y una superioridad sobre los elementos, que le hicieron célebre con repetidos milagros. Predicaba en cierta ocasion en la iglesia de san Lázaro de Salamanca, y conmoviéndose algunas personas que estaban entre sí enemistadas, les mandó el santo que se aquietasen, porque el primero que incomodase turbando el auditorio, quedaria repentinamente muerto; lo cual se verificó. Experimento igualmente esta virtud de penetrar los corazones una mujer, que habia propuesto matar á una hija, porque del trato con cierto hombre habia quedado deshonrada. Llegóse esta mujer, entre otras varias, á besar la mano á san Juan de Sahagun, cierto dia que pasaba por la calle: negósele, diciéndola al oido: *No te la quiero dar, porque ests endemonia da.* Turbóse la infeliz oyendo esto: fuése al convento, y postrándose á los pies del santo, le suplicó la dijese la causa de lo que habia dicho. Entonces san Juan de Sahagun le reveló todo el secreto, diciendo el estado de preñez en que se hallaba su hija; el proyecto que tenia de matarla: persuadióla á que no lo hiciese, asegurando que aquel hombre se casaria con ella y vivirian pacíficamente en el santo matrimonio. Quedó la mujer admirada, viendo la verdad de cuanto decia tocante á su persona, y lo demás lo certificó la experiencia.

A proporcion de estas maravillas fueron las que ejecutó el santo por el dominio que tenia sobre las aguas. Una de ellas fué, que, habiendo caido un niño en un pozo á la sazón que el santo pasaba por aquella calle, movido de las lágrimas de su madre, echó la bendicion á las aguas del pozo, y estas crecieron inmediatamente hasta el brocal, trayendo sobre sí a niño sin padecer lesion alguna. Alargóle el santo a correa, y asiéndola la criatura, se le entregó salvo á

su madre, en quien eran iguales los extremos de alegría á los votos y gracias que ofrecia al cielo. En otra ocasion venia de predicar de Alba; y como su atencion la llevaba por lo comun en las cosas de Dios, cayó impensadamente en el rio Tormes; y cuando todos los que le vieron caer tenian su muerte por cierta, pues la corriente le habia arrebatado y hecho pasar por tres paradas de aceñas, que á la sazón molian, vieron con admiracion que salió sano y enjuto como si no hubiera estado en el rio. Esta maravilla la repitió el cielo muchas veces con nuestro santo, segun consta del proceso de su canonizacion. Sin embargo de que su virtud y santidad estaban testificadas con tan singulares prodigios, era tal la delicadeza de su conciencia, que en todo temia desagradar á aquel Dios que tan misericordiosamente le favorecia. Fué á su pueblo con licencia del prelado á ciertos negocios, y como para concluirlos no bastase el tiempo que habia llevado, fué tanta su afliccion, que, angustiado su espíritu, no hallaba consuelo en las cosas de la tierra. Envió un mensajero á solicitar la próroga de la licencia, y mientras este venia se encerró en un cuarto en donde se tuvo encarcelado á sí mismo, hasta que el mensajero le trajo la licencia y en ella el consuelo de su alma.

Una vida tan santa, llena de todos los ejercicios de las virtudes, una fe viva que el hijo de Dios premiaba con la vista corporal de su gloria en el Sacramento, una esperanza colocada en el Señor, por la cual cedie de su derecho toda la naturaleza cuando el santo le mandaba, una caridad ardiente que se dirigia al beneficio del alma y del cuerpo, predicando, confesando, padeciendo injurias y pidiendo limosna para socorrer á los pobres: la destruccion de unos bandos que no pudieron apaciguar tres reyes: todo este conjunto prodigioso no podia menos de mover los cora-



zones sensibles á admirar y venerar tanta virtud junta. En efecto, san Juan de Sahagun era aclamado públicamente por santo. Su temerosa conciencia lo resistia, y procuró con artificios ridiculizarse para minorar su estimacion, haciendo que le tuviesen por loco; pero segun la palabra de la divina Sabiduría, esta misma humillacion le produjo nuevos ensalzamientos, ya de parte del cielo, ya de parte de los hombres. El cielo dándole virtud para deshacer las enfermedades, restituir á los mancos, cojos y tullidos el uso de sus miembros y hacer que la muerte no tuviese dominio en su presencia, como sucedió con una sobrina suya, á quien levantó del féretro viva despues de muchas horas de muerta. Quiso el cielo premiar sus virtudes y trabajos, llevándole á gozar de la gloria que estos merecian. Pero en esto mismo manifestó la predileccion con que miraba á este gran siervo de Dios, permitiendo que muriese por predicar contra la deshonestidad como el Bautista. Se tiene por cierto que una mujer poderosa, de cuyos lazos torpes habia el santo librado á un caballero, le dió veneno con que se fué poco á poco secando. Antes de morir llamó á los religiosos, pidióles perdon con muchas lágrimas de sus defectos; y habiendo recibido los santos sacramentos, murió con la muerte de los justos, diciendo aquellas palabras del Salmo: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.* Sucedió este dichoso transito el día 11 de junio del año de 1479. Su cuerpo quedó tratable y hermoso; y antes de enterrarle manifestó Dios su santidad con el milagro de una repentina lluvia, despues de siete meses de sequedad. Cincuenta y cuatro años despues fué descubierto su cuerpo para colocarle en sitio mas decente, y fué hallado entero, exhalando una fragancia tan admirable, que probaba claramente ser del todo milagrosa. Enviáronse algunas reliquias á principes y

ciudades que las deseaban; por medio de las cuales hizo Dios tantas maravillas en honra de su siervo, que, examinadas con la formalidad que la Iglesia acostumbra, juzgó Alejandro VIII que debia colocarle en el número de los santos: lo que ejecutó con solemnísimá pompa el día 16 de octubre del año del Señor de 1690.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via *Aurelia*, la fiesta de los santos mártires Basilides, Cirino, Nabor y Nazario, que, durante la persecucion de Diocleciano y Maximiano y bajo el prefecto Aurelio, por la confesion del nombre cristiano fueron desgarrados á disciplinazos y decapitados.

En Nicea en Bitinia, santa Antonina mártir, condenada en la persecucion por el presidente Priciliano, á ser apaleada sobre el potro, desgarrados los costados, sollamada y por último degollada.

En Tracia, san Olimpo, obispo, que fué echado de su silla por los Arrianos y murió confesor.

En Roma en la iglesia de San Pedro, san Leon, papa, á quien volvió Dios los ojos y la lengua, que unos impios le habian arrancado.

En Cilicia, san Anfion, obispo, que fué generoso confesor en tiempo de Galerio-Maximiano.

En Egipto, san Onufro, anacoreta, que por espacio de sesenta años, llevó en una vasta soledad una santa vida, volando al cielo resplandeciente de méritos y virtudes; cuya vida ha sido compuesta por el Pafnucio.

En Salamanca en España, san Juan de Sahagun, confesor, del orden de los eremitas de san Agustín, á quien el zelo de su fe, la santidad de su vida y sus milagros han hecho ilustre en la iglesia de Dios.

En Utrecht, san Odolfo, cura de Orscot y luego canónigo de San Salvador de la misma ciudad en tiempo de san Federico.